

# LOGAN G

¡¡UNA AVENTURA ÉPICA!!



CROSS  
BOOKS

BIENVENIDO A MI MUNDO,  
DONDE LAS IDAS DE OLLA SON LEY

# LOGAN

UMA AVENTURA ÉPICA!!

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Logan G, 2019  
© de las ilustraciones, Rafa Barragán, 2019  
© Editorial Planeta, S.A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2019  
ISBN: 978-84-08-20793-1  
Depósito legal: B. 4.932-2019  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EN EFECTO, ESE QUE SALTA POR ENCIMA DEL COCHE ES EL FAMOSO GAYRAN, PERSIGUIENDO UNA VEZ MÁS A AQUELLOS QUE CREEN PODER BURLAR AL GUARDIÁN DE G TOWN.



# 1

G Town siempre había sido una ciudad cosmopolita, pero como toda gran metrópolis tenía sus luces y sus sombras, y estas últimas se habían extendido por toda la ciudad hasta convertirse en un verdadero problema. En los últimos años la delincuencia se habían disparado hasta tal punto que la policía no daba abasto, y aquella situación era bien aprovechada por criminales y maleantes de todo tipo.

Dos de ellos, Paco y Ernesto, que también eran primos, maldecían entre dientes mientras corrían a toda pastilla, sorteando transeúntes y vehículos en un intento de escapar del superhéroe en chanclas que iba tras ellos.

Habían robado un bolso —¡un puñetero bolso!—, y ahora tenían detrás a Gayran. Ya era mala suerte, con lo grande que era la ciudad...

—¿Es que no había nadie más importante a quien perseguir? —gritó Ernesto, mirando ha-

cia atrás por encima del hombro. Justo en ese instante vio como Gayran estiraba un brazo y lanzaba algo en su dirección.

—¡Calla y corre, primo! —gritó Paco, acelerando todavía más el paso mientras estrechaba con fuerza el bolso robado contra el pecho.

Pero para Ernesto ya era tarde: un cabo de cinta americana se le enrolló en la pierna derecha, frenándolo en seco al tiempo que le hacía caer de bruces contra el suelo. Aturdido por el golpe intentó liberarse, pero Gayran fue más rápido. Aterrizó junto a él y, dando varias vueltas a su alrededor a gran velocidad, lo dejó totalmente inmovilizado bajo varios metros de cinta adhesiva extrafuerte.

—No te muevas, ¡ahora vuelvo con tu amiguito! —dijo el superhéroe, dedicándole una sonrisa antes de desaparecer entre los curiosos que se habían acercado a mirar.

—¡CORRE, PRIMO! ¡CORRE! —gritó Ernesto con todas sus fuerzas. Luego miró a su alrededor: un montón de personas se habían acercado y lo miraban con cara de disgusto. De repente, de entre la multitud, apareció la anciana a la que habían robado el bolso. Tenía el rostro rojo de ira y miraba a Ernesto con rabia contenida.

—¡No se acerque, señora! —exclamó el ladrón, entre dientes, antes de recibir un torta-

zo con la mano abierta que resonó por toda la calle.

—¡Un cachete a tiempo y ahora no andarías por ahí atracando a ancianas indefensas como yo!

La gente aplaudió mientras el carterista enrojecía de vergüenza. Aquel golpe le dolió más en el alma que en la mejilla donde había impactado.

Mientras, a unos cientos de metros, Paco seguía avanzando a grandes zancadas ajeno a la suerte que había corrido su primo.

Ese tipo, el superhéroe al que los medios y la gente llamaban Gayran, había aparecido de la nada hacía unos meses. Hasta entonces, los raterillos como él y su primo podían «trabajar» sin mayores contratiempos. La policía tenía presas más importantes de las que ocuparse y, como mucho, cuando los atrapaban robando algo, pasaban una noche en el calabozo antes de volver a las calles tras pagar una pequeña fianza. Pero ahora, con aquel autoproclamado «guardián de G Town» dando caza a cualquiera que cometiera el más leve delito, la ciudad se estaba convirtiendo en un infierno para aquellos ladronzuelos.

Paco volvió la vista un instante: Gayran se acercaba veloz saltando de coche en coche, pasando de un techo a otro, mientras algunos ocupantes se quejaban y otros le aplaudían. En-

tonces decidió torcer por la primera esquina que encontró e internarse en una zona bastante menos transitada, de callejones oscuros. En una carrera no le podía ganar, lo tenía claro, pero tal vez sí podía esconderse y lograr que Gayran le perdiera la pista.

Rápidamente, antes de que aquel superhéroe llegara a la entrada de la callejuela, Paco volvió a cambiar de dirección en el siguiente cruce y, de inmediato, saltó al interior del primer contenedor de basura que encontró. Luego, encogido en las tinieblas apestosas y agarrándose con fuerza al bolso de la abuela, intentó aguzar el oído mientras contenía la respiración.

Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos y, por un momento, pensó que se había salido con la suya. En su mente empezó a imaginarse abriendo el bolso de la anciana para sacar un fajo de billetes y un joyero lleno de piezas dignas de la realeza. Con aquello podrían comprarle una casa a su yaya y ese yate con el que llevaban años soñando...

Pero el momento pasó y la tapa del contenedor de basura se levantó de repente, haciendo que sus sueños se evaporaran al instante.

—¿Echando una siestecita? —preguntó Gayran, dedicándole una sonrisa—. Venga, ponme las cosas fáciles y ríndete, colega.



—¿Cómo me has encontrado...? —preguntó Paco en un intento de ganar tiempo, mientras trataba de dar con una manera de escapar.

—Soy Gayran —se limitó a contestar sin dejar de sonreír, sacando pecho.

Paco, resignado, hizo el gesto de ir a levantarse y entonces, con la mano libre, dio con lo que le pareció que podía ser su oportunidad de escapar.

—Es para hoy, chaval... —dijo Gayran, cruzando los brazos sobre el pecho.

En ese momento, Paco se levantó y, con un rápido movimiento, lanzó una bolsa llena de basura hacia Gayran. Este logró interceptarla, aunque no pudo evitar que se rompiera, desparramándose todo su contenido por los aires y cegándolo durante unos segundos. Paco aprovechó para lanzarse de nuevo a la carrera.

—¡Lo siento, chaval! —gritó mientras ponía los pies en la calle—. ¡Paco Pómez no es presa fácil!

La sonrisa desapareció de la faz de Gayran mientras se quitaba los restos de porquería de los ojos. Ahora estaba enfadado. Muy enfadado.

«Más lo siento yo, Paco», pensó Gayran, antes de lanzarse tras aquel delincuente de poca monta.

En unos segundos le dio alcance y Paco, sintiendo su aliento en el cogote, soltó el bolso al

tiempo que se volvía y sacaba una navaja del bolsillo de su chupa.

—¡Pero bueno! No te flipes, ¿quieres pelea? —afirmó con rotundidad Gayran, plantado a dos pasos de Paco, que le apuntaba con mano temblorosa con la navaja.

Paco miró al tipo que tenía delante y luego miró el filo de la navaja. Pese a sus poderes, costaba tomarse en serio a Gayran. ¿Dónde se había visto un superhéroe en chanclas y con calcetines largos? Por no mencionar las gafas de sol en plan chulo que llevaba. De repente, el arma que blandía le pareció ridícula. Debería bastarle con sus propias manos para librarse de aquel entrometido, pero había oído hablar de Gayran y sabía que había medido entre rejas a tipos mucho más duros que él.

Pese a todo, su orgullo y, sobre todo, la convicción de que el contenido de aquel bolso merecía la pena, pudieron más que sus miedos y se lanzó contra Gayran.

Este, con una agilidad y velocidad extraordinarias, esquivó sus embates y, tras retroceder de un salto, adelantó una mano. De la palma salió una tira de cinta adhesiva que se enrolló alrededor de la navaja, y tras un tirón, esta saltó de la mano de Paco.

—¡A la mierda! —exclamó el ladrón, avanzando hacia Gayran mientras apretaba los pu-

ños y los dientes con fuerza—. ¡Esto lo solucionaremos a hostias si hace falta!

Paco estaba fuerte, se había metido en muchas peleas a lo largo de su vida y de la mayoría había salido airoso, pero no podía medirse con Gayran en un combate cuerpo a cuerpo, hecho que descubrió solo un segundo después, en el instante justo en que sintió un puño formidable incrustarse en su cara.

Un rato después, cuando despertó, estaba de vuelta en la calle principal, atado con cinta americana a una farola junto a su primo. Le dolía mucho la nariz y sentía que le empezaba a venir una migraña de las fuertes, como cuando se pasaba con los tragos el sábado noche. Al abrir los ojos vio que una multitud estaba reunida a su alrededor, esperando la llegada de la policía que, para variar, llegaba tarde.

Unos metros más allá, Gayran le devolvía el bolso a la anciana, y ella le daba un beso en la mejilla, agradecida.

—Si tuviera unos años menos... —le dijo la mujer.

—No tantos, preciosura —le respondió Gayran, galante.

Aunque uno de sus poderes era un olfato de sabueso, no le hizo falta para detectar, a tan poca distancia, que aquella señora llevaba el perfume

que se había puesto tan de moda las últimas Navidades, O de 4mbrosí4, de la hiperfamosa youtuber y gamer 4mbrosí4\_25. Quiso pensar que había sido un regalo de la nieta de la señora, pues le costaba imaginarla siguiendo el canal de uno de los personajes más carismáticos de las redes sociales.

Al fin llegó el esperado sonido de las sirenas de los coches patrulla, y Gayran decidió que había llegado el momento de marcharse. Con un gesto de la mano derecha hizo aparecer lo que a todas luces parecía una pequeña piscina de plástico y, tras zambullirse en su interior, desaparecieron ambos, dejando atónitos a todos los presentes.